-¿Qué tal? - preguntaba la tullida.

Y el señor Rosendo pronunciaba una de estas tres frases:

-Menos mal. - Un regular. - Condenadamente.

Aludía á la venta, y jamás se dió caso de que agregase género alguno de amplificación ó escolio á sus oraciones clásicas. Poseía el inquebrantable laconismo popular, que vence al dolor, al hambre, á la muerte y hasta á la dicha. Soldado reenganchado, uncido en sus mejores años al férreo yugo de la disciplina militar, se convenció de la ociosidad de la palabra y necesidad del silencio. Calló primero por obediencia, luego por fatalismo, después por costumbre. En silencio elaboraba los barquillos, en silencio los vendía, y casi puede decirse que los voceaba en silencio, pues nada tenia de análogo á la afectuosa comunicación que establece el lenguaje entre seres racionales y humanos. aquel grito gutural en que, tal vez para ahorrar un fragmento de palabra, el viejo suprimía la última silaba, reemplazándola por doliente prolongación de la vocal penúltima:

-Barquilleeeeé...

Ш

PUEBLO DE SU NACIMIENTO

L sentar el pié en la calle, Amparo respiró A anchamente. El sol, llegado al zenit, lo alegraba todo. En los umbrales de las puertas, los gatos, acurrucados, presentaban el lomo al benéfico calorcillo, guiñando sus pupilas de tigre y roncando de gusto. Las gallinas iban y venían escarbando. La bacía del barbero, colgada sobre la muestra y rodeada de una sarta de muelas rancias ya, brillaba como plata. Reinaba la soledad: los vecinos se habían ido á misa ó de bureo, y media docena de párvulos, confiados al Angel de la Guarda, se solazaban entre el polvo y las inmundicias del arroyo, con la chola descubierta y expuestos á un tabardillo. Amparo se arrimó á una de las ventanas bajas, y tocó en los cristales con el puño cerrado. Abriéronse las vidrieras, y se vió la cara de una muchacha pelinegra y descolorida, que tenía en la mano una almohadilla de labrar donde había clavados infinidad de menudos alfileres.

-¡Hola!

-¿Hola, Carmela, andas con la labor á vueltas? pues es día de misa.

—Por eso me da rabia...—contestó la muchacha pálida, que hablaba con cierto ceceo, propio de los puertecitos de mar en la provincia de Marineda.

-Sal un poco, mujer... vente conmigo.

-Hoy... ¡quién puede! Hay un encargo... diez y seis varas de puntilla para una señora del barrio de Arriba... El martes se ha de entregar sin falta.

Carmela se sentó otra vez, con su almohadilla en el regazo, mientras los hombros de Amparo se alzaban entre compasivos é indiferentes, como si murmurasen:—"Lo de costumbre.,—Apartóse de allí: sus piés descendieron con suma agilidad la escalinata de la plaza de Abastos, llena á la sazón de cocineras y vendedoras; y enhebrándose por entre cestas de gallinas, de huevos, de quesos, salió á la calle de San Efrén, y luego al atrio de la iglesia, donde se detuvo deslumbrada.

Cuanto lujo ostenta un domingo en una capital de provincia, se veía reunido ante el pórtico, que las gentes cruzaban con el paso majestuoso de personas bien trajeadas y compuestas, gustosas de ser vistas y mutuamente resueltas á respetarse y no repartir empellones. Hacían cola las señoras aguardando su turno, empavesadas y solemnes, con mucha mantilla de blonda, mucho devocionario de canto dorado, mucho rosario de oro y nácar, las madres vestidas de seda negra, las niñas casaderas de colori-

nes vistosos. Al llegar á los postigos que más allá del pórtico daban entrada á la nave, había crujidos de enaguas almidonadas, blandos empellones, codazos suaves, respiración agitada de damas obesas, cruces de rosarios que se enganchaban en un encaje ó en un fleco, frases de miel con su poco de vinagre, como "¡Ay! V. dispense... A mí me empujan, señora, por eso yo... No tire V. así, que se romperá el adorno... Perdone V....,

Deslizóse Amparo entre el grupo de la buena sociedad marinedina, y se introdujo en el templo. Hacia el presbiterio se colocaban las señoritas, arrodilladas con estudio, á fin de no arrugarse los trapos de cristianar, y como tenían la cabeza baja, veianse blanquear sus nucas, y alguna estrecha suela de elegante botina remangaba los pliegues de las faldas de seda. El centro de la nave lo ocupaba el piquete y la banda de música militar en correcta formación. A ambos lados, filas de hombres que miraban al techo ó á las capillas laterales, como si no supiesen qué hacer de los ojos. De pronto lució en el altar mayor la vislumbre de oro y colores de una casulla de tisú; quedó el concurso en mayor silencio; las damas alzaron sus libros en las enguantadas manos, y á un tiempo murmuró el sacerdote Introibo, y rompió en sonoro acorde la charanga, haciendo oir las profanas notas de Traviatta, cabalmente los compases ardientes y febriles del duo erótico del primer acto. El son vibrante de los metales añadia intensidad al canto, que, elevándose amplio y nutrido hasta la bóveda, bajaba después á extenderse, contenido, pero brioso, por la nave y el crucero, para cesar de repente al alzarse la hostia; cuando esto sucedió, la Marcha Real, poderosa y magnifica, brotó de los marciales instrumentos, sin que á intervalos dejase de escucharse en el altar el misterioso repiqueteo de la campanilla del acólito.

A la salida, repetición de desfile; junto á la pila se situaron tres ó cuatro de los que ya no se llamaban dandys, ni todavía gomosos, sino pollos y gallos, haciendo ademán de humedecer los dedos en agua bendita, y tendiéndolos bien enjutos á las damiselas para conseguir un fugaz contacto de guantes vigilado por el ojo avizor de las mamás. Una vez en el pórtico, era lícito levantar la cabeza, mirar á todos lados, sonreir, componerse furtivamente la mantilla, buscar un rostro conocido y devolver un saludo. Tras el deber, el placer; ahora la selecta multitud se dirigía al paseo, convidada de la música y de la alegría de un benigno domingo de Marzo, en que el sol sembraba la regocijada atmósfera de átomos de oro y tibios efluvios primaverales. Amparo se dejó llevar por la corriente, y presto vino á encontrarse en el paseo.

No tenía entonces Marineda el parque inglés que, andando el tiempo, hermoseó su recinto; y las Filas, donde se daban vueltas durante las mañanas de invierno y las tardes de verano, eran una estrecha acera, baldosada de granito, de una parte guarnecida por alta hilera

de casas, de otra por una serie de bancos que coronaban toscas estatuas alegóricas de las estaciones y de las virtudes, mutiladas y privadas de manos y narices por la travesura de los muchachos. Sombreaban los asientos acacias de tronco enteco, de clorótico follaje (cuando Dios se lo daba), sepultadas entre piedra por todos lados, como prisionero en torre feudal. A la sazón carecian de hojas, pero la caricia abrasadora del sol impelía á la savia á subir y las vemas á hincharse. Las desnudas ramas se recortaban sobre el limpio matiz del firmamento, y á lo lejos el mar, de un azul metálico, como empavonado, reposaba, viéndose inmóviles las jarcias y arboladura de los buques surtos en la bahia, y quietos hasta los impacientes gallardetes de los mástiles. Ni un soplo de brisa, ni nada que turbase la apacibilidad profunda y soñolienta del ambiente.

Caído el pañuelo y recibiendo á plomo el sol en la mollera, miraba Amparo con gran interés el espectáculo que el paseo presentaba. Señoras y caballeros giraban en el corto trecho de las Filas, á paso lento y acompasado, guardando escrupulosamente la derecha. La implacable claridad solar azuleaba el paño negro de las relucientes levitas, suavizaba los fuertes colores de las sedas, descubría las menores imperfecciones de los cutis, el salseo de los guantes, el sitio de las antiguas puntadas en la ropa reformada ya. No era difícil conocer al primer golpe de vista á las notabilidades de la ciudad; una fila de altos sombreros de felpa, de bas-

tones de roten ó concha con puño de oro, de gabanes de castor, todo llevado por caballeros provectos y seriotes, revelaba claramente á las autoridades, regente, magistrados, segundo cabo, gobernador civil; seis ó siete pantalones gris perla, pares de guantes claros y flamantes corbatas denunciaban á la dorada juventud; unas cuantas sombrillas de raso, un ramillete de vestidos que trascendían de mil leguas á importación madrileña, indicaban á las dueñas del cetro de la moda. Las gentes pasaban, y volvian á pasar, y estaban pasando continuamente, y á cada vuelta se renovaba la misma procesión por el mismo orden.

Un grupo de oficiales de infantería y caballeria ocupaba un banco entero, y el sol parecía concentrarse alli, atraido por el resplandor de los galones y estrellas de oro, por los pantalo nes rojo vivo, por el relampagueo de las vainas de sable y el hule reluciente del casco de los roses. Los oficiales, gente de buen humor y jóvenes casi todos, reian, charlaban y hasta jugaban con un enjambre de elegantes niñas, que ni la mayor sumaría doce años, ni la menor bajaba de tres. Tenían á las más pequeñas sentadas en las rodillas, mientras las otras, de pié y con unos atisbos de timidez y pudor femenil, no osaban acercarse mucho al banco, haciendo como que platicaban entre si, cuando realmente sólo atendían á la conversación de los militares. Al otro extremo del paseo se ovó entonces un grito conocidísimo de la chiquillería.

-Barquilleeeeé...

—Batilos... á mí batilos—chilló al oirlo una rubilla carrilluda, que cabalgaba en la pierna izquierda de un capitán de infantería portador de formidables mostachos.

Nisita, no seas fastidiosa; te llevo á mamá
 amonestó una de las mayores con gravedad imponente.

—Pué teo batilos, batililos—berreó descompasadamente la rubia, colorada como un pavo y apretando sus puñitos.

—Tiene V. razón, señorita — díjole risueño un alférez de linda y adamada figura. al ver que el angelito pateaba y hacía pucheros para romper á llorar.—Espérese V., que habrá barquillos. Llamaremos á ese digno industrial... Ya viene hacia acá. V., Borrén—añadió, dirigiéndose al capitán—aquiere V. darle una voz?

-¡Eh... chsss! ¡Barquilleeeero!—gritó el capitán mostachudo, sin notar que el circulo de las grandecitas se reía de su ronquera crónica. No obstante la cual, el señor Rosendo le ovó, y se acercaba, derrengado con el peso de la caja, que depositó en el suelo delante del grupo. Se overon como pios y aleteos, el ruido de una canariera cuando le ponen alpiste, y las chiquillas corrieron á rodear el tubo, mientras las grandes se hacian las desdeñosas, cual si las humillase la idea de que á su edad las convidaran á barquillos. Inclinada la rubia pedigüeña sobre la especie de ruleta que coronaba la caja de hoja de lata, impulsaba con su dedito la aguja, chillando de regocijo cuando se detenia en un número, ya ganase, ya perdiese. Su júbilo rayó

en paroxismo al punto que, tendiendo la mano abierta, encima de cada dedo fué el señor Rosendo calzándole una torre de barquillos: quedóse extasiada mirándolos, sin atreverse á abrir la boca para comérselos.

Estando en esto, el alférez volvió casualmente la cabeza y divisó al otro lado de los bancos un rostro de niña pobre, que devoraba con los ojos la reunión. Figuróse que sería por antojo de barquillos, y la hizo una seña, con ánimo de regalarle algunos. La muchacha se acercó, fascinada por el brillo de la sociedad alegre y juvenil; pero al entender que la convidaban á to mar parte en el banquete, encogióse de hombros y movió negativamente la cabeza.

-Bien harta estoy de ellos-pronunció con desdén.

-Es la hija - explicó sin manifestar sorpresa el barquillero, que embolsaba la calderilla y bajaba el hombro para ceñirse otra vez la correa.

—Por lo visto, eres la señorita de Roséndez —murmuró el alférez en son de broma.—Vamos, Borrén, V. que es animado, dígale algo á esta pollita.

El de los mostachos consideraba á la recién venida atentamente, como un arqueólogo miraría un ánfora acabada de encontrar en una excavación. A las palabras del alférez contestó con ronco acento:

—Pues vaya si le diré, hombre. Si estoy reparando á esta chica, y es de lo mejorcito que se pasea por Marineda. Es decir, por ahora está sin formar, ¿eh?—Y el capitán abría y cerraba las dos manos como dibujando en el aire unos contornos mujeriles.—Pero yo no necesito verlas cuando se completan, hombre; yo las huelo antes, amigo Baltasar. Soy perro viejo, ¿eh? Dentro de un par de años...—Y Borrén hizo otro gesto expresivo, cual si se relamiese.

Miraba el alférez á la muchacha, y admirábase de las predicciones de Borrén: es verdad que había ojos grandes, pobladas pestañas, dientes como gotas de leche; pero la tez era cetrina, el pelo embrollado semejaba un felpudo, y el cuerpo y traje competían en desaliño y poca gracia. Con todo, por seguir la broma, hizo el alférez que asentia á la opinión del capitán, y pronunció:

—Digo lo que el amigo Borrén: esta pollita nos va á dar muchos disgustos...

Los oficiales se echaron á reir, y Amparo á su vez se fijó en el que hablaba, sin comprender al pronto sus frases.

—Cosas de Borrén... Ese Borrén es célebre exclamaron con algazara los militares, á quienes no parecía ningún prodigio la chiquilla.

Reparen Vds., señores—siguió el alférez;—la chica es una perla; dentro de dos años nos mareará á todos. ¿Qué dices tú á eso, señorita de Roséndez? Por de pronto, á mí me ha desairado no aceptando mis barquillos... Mira, te convido á lo que quieras, á dulces, á jerez... pero con una condición.

Amparo enrollaba las puntas del pañuelo sin dejar de mirar de reojo á su interlocutor. No era lerda, y recelaba que se estuviesen burlando; sin embargo, le agradaba oir aquella voz y mirar aquel uniforme refulgente.

-¿Aceptas la condición? Lo dicho, te convido... pero tienes que darme algo tú también: me darás un beso.

Soltaron la carcajada los oficiales, ni más ni menos que si el alférez hubiese proferido alguna notable agudeza; las niñas grandecitas se volvieron haciendo que no oían, y Amparo, que tenía sus pupilas obscuras clavadas en el rostro del mancebo, las bajó de pronto, quiso disparar una callejera fresca, sintió que la voz se le atascaba en la laringe, se encendió en rubor desde la frente hasta la barba, y echó á correr como alma que lleva el diablo.

IV

QUE LOS TENGA MUY FELICES

C E ha mudado la decoración; ha pasado casi Dun año; corre el mes de Enero. No llueve; el cielo está aborregado de nubes lívidas que presagian tormenta, y el viento costeño, redondo, giratorio como los ciclones, arremolina el polvo, los fragmentos de papel, los residuos de toda especie que deja la vida diaria en las calles de una ciudad. Parece como si se hubiesen asociado vendaval y cierzo: aquél para aullar, soplar, mugir; éste para herir los semblantes con finisimos picotazos de aguja, colgar gotitas de fluxión en las fosas nasales, azulear las mejillas y enrojecer los párpados. En verdad que con semejante tiempo los Santos Reyes, que caballeros en sus dromedarios venían desde el misterioso país de la luz, atravesando la Palestina, á saludar al Niño, debieron notar que se les helaban las manos, llenas de incieso y mirra, y subir más que á paso la esclavina de aquellas dulletas de armiño y púrpura con que los representan los pintores. A falta de esclavina, los marinedinos alzaban

cuanto podían el cuello del gabán ó el embozo de la capa. Es que el viento era frío de veras, y, sobre todo, incómodo; costaba un triunfo pelear con él. Entrábase por las bocacalles, impetuoso y arrollador, bufando y barriendo á las gentes, á manera de fuelle gigantesco. En el páramo de Solares, que separa el barrio de Arriba del de Abajo, pasaban lances cómicos; capas que se enrollaban en las piernas y no dejaban andar á sus dueños, enaguas almidonadas que se volvian hacia arriba con fieros estallidos, aguadores que no podían con la cuba, curiales á quienes una ráfaga arrebataba y dispersaba el protocolo, señoritos que corrian diez minutos tras de una chistera fugitiva que, al fin, franqueando de un brinco el parapeto del muelle, desaparecia entre las agitadas olas... Hasta los edificios tomaban parte en la batalla: aullaban los canalones, las fallebas de las ventanas temblequeaban, retemblaban los cristales de las galerías, coreando el duo de bajos, profundo, amenazador y temeroso, entonado por los dos mares, el de la bahia y el del Varadero. Tampoco estaban ellos para bromas.

En cambio, celebrábase gran fiesta en una casa de ricos comerciantes del barrio de Abajo: la de Sobrado Hermanos. Era el santo de Baltasar, único vástago masculino del tronco de los Sobrados, y cuando más diabluras hacia fuera el viento, circulaban en el comedor los postres de una pesada comida de provincia en que el gusto no había proporocniado la abundan-

cia. Sucediéronse, plato tras plato, los cebados capones, manidos y con amarilla grasa; el pavo relleno; el jamón en dulce con costra de azúcar tostado; las natillas, con arabescos de canela, y la tarta, el indispensable ramillete de los días de días, con sus cimientos de almendras, sus torres de piñonate, sus cresterias de caramelo y su angelote de almidón ejecutando una pirueta con las alas tendidas. Ya se aburrían los grandes de estar en la mesa; no así los niños. Ni á tres tirones se levantarían ellos, cabalmente en el feliz instante en que era licito tirarse confites, comer con los dedos, hacer, de puro ahitos, mil porquerías y comistrajos con su ración. Todo el mundo les dejaba alborotar; era el momento de la desbandada; se habían pronunciado brindis y contado anécdotas con mayor ó menor donaire; pero ya nadie tenía ánimos para sostener la conversación, y el Sobrado tío, que era grueso y abotargado, se abanicaba con la servilleta. Levantó la sesión el ama de casa, Doña Dolores, diciendo que el café estaba dispuesto en la sala de recibir.

En ésta se habían prodigado las luces; dos bujías á los lados del piano vertical, sobre la consola; en los candelabros de zinc, otras cuatro de estearina rosa, acanaladas; en el velador central, entre los álbumes y estereóscopos, un gran quinqué con pantalla de papel picado. Iluminación completa. ¡Es que por Baltasar echaban gustosos los Sobrados la casa por la ventana, y más ahora que le veian de uniforme,

tan lindo v galán mozo! A la fiesta habían sido convidados todos los íntimos: Borrén, otro alférez llamado Palacios, la viuda de Garcia y sus niñas, de las cuales la menor era Nisita, la rubia de los barquillos, y, por último, la maestra de piano de las hermanas de Baltasar. La velada se organizó, mejor dicho, se desordenó gratamente en la sala; cada cual tomó el café donde mejor le plugo. Doña Dolores y su cuñado, que resoplaba como una foca, se apoderaron del sofá para entablar una conferencia sobre negocios; Sobrado, el padre, fumaba un puro del estanco, obseguio de Borrén, y saboreaba su café, aprovechando hasta el del platillo. La niña mayor de García, Josefina, se sentó al piano, después de muy rogada, y entre cien remilgos, dió principio á una fantasía sobre motivos de Bellini; Baltasar se colocó á su lado para volver las hojas, mientras sus hermanas gozaban con las gracias de Nisita, que roia un trozo de piñonate; manos, hocico y narices, todo lo tenía empeguntado de almibar mo-

-¡Estás bonita!-exclamaba Lola, la mayor de Sobrado.-¡Puerca, babada, te quedarás sin dientes!

—No me impies—chillaba el angelito;—no me impies... voy á chucharme ota ves.—Y sacaba de la faltriquera un adarve del castillo de la tarta.

-¿Ha visto V. qué día?-preguntaba Borrén á la viuda de García, que bien quisiera dejar de serlo.-Una garita ha derribado el viento; por mas señas que cayó sobre el centinela, ¿eh? y á poco le mata. Y V., ¿cómo se vino desde su casa?

—¡ Jesús... puede V. figurarse! Con mil apuros... Yo no sé cómo me arreglé para sujetar la ropa... y así y todo...

-¡Quién estuviera allí! Ya conozco yo al-

guno...

- ¡ Jesús... no sé para qué!

—Para admirar un pié tan lindo... y para darla el brazo, ¡hombre!, á fin de que el viento no se la llevase.

Juzgó la viuda que aquí convenía fingirse distraida, y cogió el estereóscopo, mirando por él la Fachada de las Tullerías. Del piano saltó entonces un allegro vivace, con muchas octavas, y el tecleo eubrió las voces... sólo se oyeron fragmentos del diálogo que sostenían la agria voz de Doña Dolores y la voz becerril de su cuñado.

—La fábrica, bien... de capa caída... las hipotecas... al ocho... Liquidaron con el socio... la competencia...

—Josefinita—gritó la viuda á la pianista—¿qué haces, niña? ¿No te encargó Doña Hermitas que pusieses el pedal en ese pasaje?

—Y lo pone-intervino la maestra de piano; pero debía ser desde el compás anterior... A ver, quiere V. repetir desde ahí... sol, la, do, la, do...

-¡Lo hace hoy... Jesús, qué mal! ¡Por lo mismo que hay gente!—murmuró la madre.— Cuando está sola, aunque embrolle...

-Pues yo bien vuelvo las hojas; en mí no consiste-dijo risueño Baltasar.-Y debe V. es-

merarse, pollita, que estoy de días, y Palacios la oye á V. boquiabierto y entusiasmado.

—¡Bueno!—gritó la mujercita de trece años, suspendiendo de golpe su fantasia. Me están Vds. cortando... ea , ya no sé poner los dedos. Como no aprendi la pieza de memoria, y este papel no es el mío... Voy á tocar otra cosa.

Y echando atrás la cabeza y á Baltasar una mirada fugaz, arrancó del teclado los primeros compases de mimosa habanera. La melodía comenzaba soñolienta, perezosa, yámbica; después, de pronto, tenía un impulso de pasión, un nervioso salto; luego tornaba á desmayarse, á caer en la languidez criolla de su ritmo desigual. Y volvía monótona, repitiendo el tema, y la mujercita, que no sabía interpretar la página clásica del maestro italiano, traducia en cambio á maravilla la enervante molicie amorosa; los poemas incendiarios que en la habanera se encerraban. Josefina, al tocar, se cimbreaba levemente, cual si bailase, y Baltasar estudiaba con curiosidad aquellos tempranos coqueteos, inconscientes casi, todavía candoro sos, mientras tarareaba á media voz la letra:

«Cuando en la noche la blanca luna...»

Diríase que fuera había aplacado la ventolina, pues los goznes de las ventanas ya no gemían, ni temblaban los vidrios. Mas de improviso se escuchó un derrumbamiento, un fragor como si el cielo se desfondase y sus cataratas se abriesen de golpe. Lluvia torrencial que azotó las paredes, que inundó las tejas, que se precipitó por los canalones abajo, estrellándose en las losas de la calle. En la sala hubo un instante de sorpresa; Josefina interrumpió su habanera, Baltasar se aproximó á la ventana, la viuda soltó el estereóscopo, y á Nisita se le cayó de las manos el piñonate. Casi al mismo tiempo, otro ruido que subía del portal vino á dominar el ya formidable del aguacero; una algarabía, un chascarrás desapacible, unas voces cantando destempladamente con acompañamiento de panderos y castañuelas. Saltaron alborotadas las chiquillas, con Nisita á la cabeza.

—Ya están ahí esas holgazanas—dijo ásperamente Doña Dolores.—Anda, Lola—añadió dirigiéndose á su hija mayor:—á Juana que las eche del portal, que lo ensuciarán.

-Mamá... ¡lloviendo tanto!-suplicó Lola.-¡Parece no sé qué decirles que se vayan! ¡Se pondrán como sopas! ¿No oye V. que el cielo se hunde?

-¡Es que eres tonta!-pronunció con rabia la madre.-Si las dejas tocar ahí, después no hay remedio sino darles algo á esas perdidas...

–¿Qué importa, mamá?—intervino Baltasar.—Hoy es mi santo.

-¡Que suban, que suban á cantar los Reyes!
-gritó unánime la concurrencia menor de tres lustros.

33688

UNIVERSIDAD DE METO LEGA BIBLIDI ECA TINIVERSITARIA "ALFONSO REYES" -Te uban... Batasal, te uban, te uban-berreó Nisita cruzando sus manos pringosas.

- Que suban, hombre, veremos si son gua pas-confirmó Borrén.

Lola de esta vez no necesitó que le reiterasen la orden. Ya estaba bajando las escaleras dos á dos.

V

VILLANCICO DE REYES

No tardaron en resonar pisadas en el corredor; pisadas tímidas y brutales á la vez, de piés descalzos ó calzados con zapatos rudos. Al mismo tiempo las panderetas repicaban débilmente y las castañuelas se entrechocaban bajito como los dientes del que tiene miedo... Doña Dolores se incorporó con el entrecejo desapaciblemente fruncido.

-Esa Lola... ¡Pues no las trae aquí mismo! ¿Por qué no las habrá dejado en la antesala? ¡Bonita me van á poner la alfombra! ¡A ver si os limpiais las suelas antes de entrar!

Hizo irrupción en la sala la orquesta callejera; pero al ver las niñas pobres la claridad del alumbrado, se detuvieron azoradas, sin osar adelantarse. Lola, cogiendo de la mano á la que parecia capitanear el grupo, la trajo, casi á la fuerza, al centro de la estancia.

-Entra, mujer... que pasen las otras... A ver si nos cantáis aquí los mejores villancicos que sepáis.

Lo cierto es que la viva luz de las bujias, tan